

llas de una civilización muy antigua y de una religión que ha sobrevivido hasta hoy entre los güebros. Rasck demostró la antigüedad y la autenticidad del *Zendavesta* y de su lengua; Eugenio Bournouf en su *Comentario sobre el Yacna* [1] (1834) creó el estudio de aquel idioma; conoció que el pali [2] era un idioma vulgar del sanscrito trasladado de la India al Indo-China con el budismo; y determinando en esta circunstan-

trinas; nos contentaremos, pues, con decir algo de positivo sobre el tan famoso libro de Zoroastro (si es que no hubo más que uno solo de este nombre) titulado *Sendavesta*, lo que significa *palabra viviente*. Esta obra se compone de dos partes, la una escrita en idioma zendo y la otra en pehlvi. El primero se cree habersido el idioma que se hablaba en la antigua Bactriana y en sus cercanías; el segundo el que era propio de los medos. La primera parte del zendavesta comprende: 1º el *Vendidad-Sade* que es una especie de breviario, cuyos fragmentos debían repetir de memoria todos los días los sacerdotes antes de que apareciese el sol. El *Vendidad-Sade* se divide también en tres partes, á saber: el *Vendidad*, combate contra Arimano, principio del mal; el *Yzechné* ó *Yacna*, elevación del alma, y el *Vispered*, ó jefes de los seres. La segunda parte de este famoso libro, que se llama *Boundéhech*, es una especie de Enciclopedia, que contiene nociones sobre la cosmogonía, la religión, el culto, la astronomía, las instituciones civiles y la agricultura; puntos todos muy importantes, y que ofrecen un largo campo de investigaciones á los eruditos.

La religión de Zoroastro y el culto del fuego tan generalizado en Persia, cayeron en desuso tan luego como los persas abrazaron el mahometismo; y hoy el reducido número de lugareños y aldeanos, que profesan la religión de sus antiguos padres, son llamados güebros por los mahometanos, palabra injuriosa y despreciativa que los persas emplean como sinónimo de incrédulo ó impío.

(Nota del traductor.)

[1] Obra que contiene muchos pormenores acerca del Oriente, y cuyo mérito y antigüedad ha evidenciado con mucha gala de erudición y profundos conocimientos el señor Bournouf, creando el estudio de un idioma hasta entonces desconocido por los eruditos.

(Nota del traductor.)

[2] *Pali*, ó como dicen algunos eruditos, *Bali*, es uno de los idiomas de la India allende el Ganges, y que se estiende desde el imperio de los Birmanes hasta los reinos de Siam y de Tsiampa. Este idioma se divide en antiguo y moderno; el primero es una derivación del sanscrito, y un intermedio entre este último y la lengua prakrita. Todos los libros sagrados de los budistas están en idioma Pali, el cual se escribe de izquierda á derecha, diferenciándose en esto de las demás lenguas orientales.

[Nota del traductor.]

cia que el zendo es anterior al sanscrito, reducía á las alturas de Aria el punto de partida de los más antiguos idiomas, desde donde los sigue por toda el Asia Oriental con la civilización y la religión, y después por las partes septentrionales con el budismo.

La civilización se propagó del Aria á la Media y á la Persia, cuyos misterios se quieren indagar por medio de la escritura cuneiforme (1). De ésta habló primeramente el dinamarqués Munter en la academia de Copenhague por el año de 1798; pero no dió una explicación satisfactoria sobre el particular, ni lo consiguieron tampoco Tychsen, Herder y Lichtenstein. Grotenfed sostuvo que la lengua de aquellas inscripciones era el zendo; Rasck y Saint-Martin se sirvieron de este idioma para descifrar algunas inscripciones de la antigua Persépolis. Después Bournouf fijó el alfabeto cuneiforme, manifestándolo de origen semítico y propiamente asirio. Lassen se acercaba también á los resultados de esta opinión. Se nos brindaba contemporáneamente con los monumentos de aquel país.

Multiplicáronse en todas partes y casi de concierto las investigaciones y las discusiones; fijáronse varias academias sobre puntos especiales, y principalmente las de Francia; Gottinga, Lipsia, Turin y Calcuta; formáronse sociedades para la conservación, las investigaciones y la interpretación de los monumentos, como la que se estableció para las escavaciones de Herculano y Pompeya, y la arqueológica de Roma. Los príncipes enviaron comisiones para medir y copiar monumentos en Egipto, en la India, en la Morea y en Italia.... Chandler, Choiseul, Gouffier, Cockerell, Gell, Leake, Dodwel, Pouqueville, Hakelberg, Bränsted, Texier, Thiersch, exploraban la Grecia; el gobierno francés mantenía una expedición en Morea; lord Elgin enriquecía el Museo británico con los despojos del Partenon; la Baviera compraba los mármoles arcáicos de Egina; Francia y Toscana enviaban una expedición científica á Egipto, y algunos particulares tomaron parte en ella por su amor ardoroso á la ciencia. En el año de 1840 Flandin y Coste viajaban en Persia por mandato del gobierno francés; Ker Porter y Texier nos comunicaban las ruinas de Istakar; entre las

(1) Especie de escritura en relieve, cuyos caracteres parecen esculpidos con un cuño, y cuya forma es también acuñada. Las escrituras cuneiformes, ófica y rúnica, son las que han dado larga materia de investigaciones á los eruditos, porque las tres han sido usadas en tiempos remotos, y casi siempre en inscripciones misteriosas ó relativas á costumbres políticas y religiosas eminentemente nacionales. Pero la escritura más peregrina entre las tres mencionadas, es la rúnica, que se cree de origen celta y enteramente diversa en su forma á los demás alfabetos conocidos.

(Nota del traductor.)

de Babilonia se recogían inscripciones, que no se han podido descifrar todavía. Ciudades enteras, y más frecuentemente monumentos, se descubren cada día en América; pero mudos hasta ahora como la tradición.

El patriotismo quiso registrar por dó quiera la tierra donde duermen los antepasados, á fin de reconocer su estado antiguo; y no hay en nuestros días región en donde no se hagan esfuerzos con apasionado ahinco para indagar las antigüedades nacionales, bien sean de las edades remotas ó de los tiempos medios, bien sean escritas ó delineadas, estables ó móviles; y se fundaron por dó quiera cátedras para la enseñanza de esta ciencia.

La geografía, no reduciéndose ya á un índice de nombres ni á un círculo de cifras, se creyó también obligada á registrar en los pueblos todos los elementos de civilización. El dinamarqués Malte-Brun supo hermanar en esta ciencia el interés y el color poético con las nociones positivas; el prusiano Guillermo Humboldt la asoció con la mineralogía, con la orología, con la climatología, y con la etnografía, sin que menguasen su vigor poético las ciencias naturales. Carlos Ritter dió solidez y esplendor á los grandes aspectos de la geografía comparada, determinando el carácter de la fisonomía de nuestro globo, y la influencia que su esterna configuración ejerció, tanto sobre los fenómenos físicos de su superficie, como sobre las emigraciones, las leyes y los acontecimientos capitales de los pueblos que la habitaban. Relaciones de viajeros y misioneros dan cada día más realce á la humana naturaleza, á los arcanos que encierran países remotos, y á los caminos que conducen á la civilización.

HISTORIA.

La historia sacaba partido de tantos subsidios, y principalmente de una vivísima experiencia, así que se hacía cada vez más digna de este nombre "testimonio de las luchas de la razón, de sus errores, de sus delirios y de su progreso."

Hemos indicado más arriba cómo en el pasado siglo fué invocada con las demás ciencias, á fin de contribuir para servir de oprobio á todo lo que había sido reverenciado hasta entonces, y sustituir los hechos, que son el eterno lenguaje de la Divinidad, con las opiniones, que son el efímero lenguaje de los mortales. Dos siglos chocaban entre sí: el clero, la monarquía, la nobleza y el pueblo, en vez de atemperarse alternativamente, se estorbaban en sus operaciones, y vivían en un estado de violencia sorda, que hacía presentir á los hombres sagaces una inminente pelea. Descontentos, pues, de la sociedad en que estaban, maldecían de ella y de sus elementos, sin cuidarse de conocer si en otra época habían procedido de cierto antes de enemistarse, y suponiendo

HISTORIA.—94

que aquellos desde su primer origen habían sido más bien émulos importunos que fuerzas morales. De aquí el odio frenético contra las costumbres y las instituciones anteriores que se manifestaba ya en un epigrama, ya en los abultados volúmenes de la Enciclopedia. ¡Vedaba la censura que se combatiera á rostro descubierto contra los nobles, contra el clero y contra los tronos presentes! Muy bien.—¡omábanse por blanco los varones esculpidos en piedra, los pontífices beatificados: las cruzadas no habían sido ya más que un producto del fanatismo; San Luis, un hombre de bien ilusionado; Carlo-Magno, un clérigo armado; Gregorio VII é Inocencio III, dos intrigantes que mezclaban los reinos de los cielos con los de la tierra.

En su guerra alegre y cáustica les servía de auxilio el rumbo que se había tomado a la sazón hácia la ideología; por lo cual, las mismas cuestiones de hecho, se sacaban fuera del terreno de la realidad, estrayendo, combinando y haciendo mil alternativas: juego de fantasía al que se apellidaba "análisis." ¡Advertíase que entonces la nobleza frívola, descarnada é invadida por un vicio que corroía sus huesos! Muy bien.

No se pensaba en averiguar de qué modo hubiese contribuido en otro tiempo á las franquicias y á la civilización del mayor número, interponiéndose entre éste y los monarcas; sino que se decía: "los hombres nacen iguales; es, pues, injusta toda desigualdad en la sociedad." Los hechos se susituían con fórmulas abstractas de rebelión, de derecho hereditario, de conspiraciones reprimidas, de legitimidad y de recursos políticos. Pretendíase que las palabras "rey, libertad, esclavos," debían espresar lo mismo en Persépolis que en Londres, entre los contemporáneos de Pericles que entre los conciudadanos de Washintgon. En las invasiones de los longobardos, de los sajones y de los normandos, no se veía nada mejor que un cambio de dinastías; en la liga lombarda, una rebelión; en la *Magna Carta* y en el establecimiento de los Comunes, una concesión régia. Así es, que despojando con un diluvio de abstracciones á la historia de todos los auxilios que le presta el espíritu de indagación y la experiencia, se la dejaba ignorante de lo pasado, ilusionada acerca de lo presente, y estéril para lo venidero. Una disposición más nociva aún que esta manera de irreflexible facilidad, quiero decir, la incredulidad petulante que rechaza los hechos sin dignarse de profundizarlos, llegó hasta el punto de que fueron apreciados únicamente por una utilidad convencional, y como uno de los temas más ordinarios de la conversación.

Entre pasiones recientes y espuestas á las amenazas, la imparcialidad es difícil; pero en los acontecimientos consumados ya desde largo tiempo, podría creerse que no quedase otra cosa más que investigar lealmente y esponer lo verdadero. Sin embargo, el sistema ó la preocupación, obligan al histo-

riador á descender del sublime solio en donde distribuye premios y recompensas, para aglomerar con los pequeños tumultos y sugerirle sofismas, aun mas refinados que los que hubiesen sabido imaginar los intereses encontrados. Para coger lo que entonces llamaban espíritu de los hechos, se desfiguraban las intenciones, instituyendo conexiones arbitrarias entre un hecho primitivo y el carácter de los sucesivos; y el historiador llegó á ser un abogado, que tenia la razon de su parte, segun el arte que poseia de callarse ó de esponer. Los historiadores á que aludimos no desmentian los hechos, sino que los presentaban á su manera: y á decir verdad, exagerando algunas particularidades y suprimiendo otras con astutos subterfugios; matizando ligeramente la luz en un punto y sobrecargando las sombras en otro; admitiendo como indisputables algunas tradiciones oportunas, y no dejando de hacer alarde de crítica contra otras que no convienen; encubriendo la vanidad de los hechos bajo el aparato de los sistemas; convirtiendo en mofa una virtud, mientras que por otra parte se corre el velo sobre un delito con una agudeza, no es difícil el presentar al apóstata Juliano como un héroe y á Gregorio VII como un furibundo: ensalzar hasta las nubes el mérito de Diocleciano que renuncia al imperio del mundo, y tachar de vileza el mismo acto ejecutado por Pedro Celestino. Con aquel sententiar seguro, con aquella maligna desventura de retratar ciertos caracteres, con aquel modo ingenioso de observar, con aquel continuo chisporroteo de motes, esos historiadores acariciaban la inclinacion natural del hombre hácia lo vedado, y aguijoneaban la sociedad de un siglo creyente en todos aquellos que ya no creian en nada. Los historiadores, que son testigos de lo pasado, habiéndose asociado ahora á una filosofía atenta á desembarazar al hombre del alma, y al universo del Creador, se regocijaron en trabajar á su destruccion, y remontándose hasta su cuna lo suponian un germen, que se habia desarrollado en diferentes posiciones bajo una temperatura propicia. Pero mientras que establecian de antemano, que su primer estado habia sido el salvaje, lo fabricaban con todos los atributos de un europeo arrojado á una isla en completa desnudez, atribuyéndola nuestras ideas, nuestra racionalidad, nuestras necesidades; y haciéndole paulatinamente inventar un pacto social, como las confederaciones que se estipulan hoy entre pueblos diversos, una religion por obra artificiosa de los sacerdotes, y hasta un lenguaje con el mismo órden y arreglo de una academia. Las diversidades de culto, de instituciones y de policia, debian haberse originado del clima bajo cuya influencia vegeta el hombre-planta; y con este motivo no querian prestar oido á la entera historia, la cual atestigua, que la fuerza del espíritu humano domina la naturaleza y ejerce una reaccion contra las causas físicas, y que sien-

do esta fuerza superior á las sensaciones, la inteligencia no es esclava de la naturaleza material. Calificábase la edad media con el nombre de barbarie, y ¡qué podia esperarse de ella, sino horrores y degradacion! La realidad y la poesia de los origenes europeos se escapaban, pues, de delante de sus ojos, tomando la forma de un miserable estrago de todo especie de civilizacion, y de una tenebrosidad palpable, apenas aclarada despues del siglo XV, y dispada finalmente en los siglos que titulaban de oro.

Así, la historia abandonada por el espíritu de Dios, habia llegado á ser, como un elocuente filósofo dijo: "una grande conspiracion contra la verdad." Lo bello se habia despeñado tambien en un abismo con lo verdadero y lo bueno; pues que en el abuso de las discusiones que habia prevalecido, parecia que el deleitar y conmover al lector con el espectáculo de las vicisitudes humanas, y con dejarle creer en la virtud y en el desinterés, inspiraba temor. En efecto, esos escritores eran siempre frios y manifestaban calor tan solo cuando se lanzaban con sarcasmos y declamaciones contra la fe y la bondad de nuestra naturaleza. Los mejores saben anudar artificiosamente, buscar con sutileza las causas, y analizar los caracteres; pero no se encuentra en sus escritos á nuestros semejantes con sus vicios y sus virtudes, con sus goces y sus padecimientos; así que se descubre tan solo que escriben manifestándose apasionados contra el error, pero sin declararse amantes de la virtud: y éstos mientras que no se cuidan de evitar la narracion de anécdotas vulgares, juzgarian indecoroso para ellos descender á ciertas particularidades. El mismo Robertson, aunque muy prolijo, si tropieza con hechos característicos y dramáticos, los confina en una nota; semejante á un pintor que quita las sombras y el colorido á un retrato para reducirlo á la verdad mas descarnada de sus contornos (1).

(1) El cuadro que ofrece el autor á nuestra vista, hablando de los historiadores del siglo pasado, á quienes aquella época de superficialidad y rebeldía contra todo lo que llevaba el timbre de una antigüedad venerable ensalzaba hasta las nubes, es uno de los trozos mas elocuentes y sublimes de esta historia. Las palabras de César Cantú en las que dice, que la filosofía atendia entonces "á desembarazar al hombre del alma y al universo del Creador," es una idea colosal, y la mejor definicion que se ha dado hasta hoy de aquella pseudo-sabiduria, que exaltó en el siglo pasado la mente de muchos hombres de gran mérito.

La historia de la humanidad, no puede considerarse separadamente, porque la inteligencia, don esclusivo de nuestra especie, no parece nunca, perpetuándose por medio de los sonidos articulados, que fijan la idea, en la escritura, ó en la tradicion oral, que los pueblos y las generaciones presentes transmiten á las futuras. Separam-

Habiendo recibido la revolucion sus inspiraciones por estos personajes, desafió á la edad media; pero mientras rompía los blaso-

do, pues, al hombre de lo que constituye su verdadera esencia, que es el alma, se interrumpe necesariamente la cadena que enlaza todas las generaciones de la raza humana por el trascurso indefinido de los siglos, y despojando al universo de la Divinidad, falta el primer eslabon de la cadena de todas las inteligencias humanas, que desde el primer momento de la creacion, les ha servido para reconocer sus relaciones con lo pasado y lo venidero. Los filósofos, pues, á quienes alude César Cantú en su historia, aislaron la generacion presente de las que le habian precedido; por lo cual les era menester fabricar un mundo nuevo, ya que interrumpida la serie de las generaciones, todo lo que se referia á lo pasado era una cosa estraña para lo presente, y todas las épocas del mundo antiguo se debian considerar cada una por sí. Pero lo que constituye la belleza y la uniformidad, es la proporcion y el conjunto de las diversas partes de un todo; pues es cierto, que un hecho aislado no puede producir otro efecto sino el que resulta de la impresion del momento. Así, por ejemplo, si un pintor me presenta en un cuadro efigiados un crecido número de ojos, ó de narices, ó de manos ó de cualquiera otro miembro, diré desde luego que entre los primeros son bellísimos los que llenos de vivacidad se muestran risueños, rasgados, y que tienen algo de voluptuosidad; y pasando á examinar las narices y las manos, alabaré las que tienen morbidez y regularidad simétrica. Pero al día siguiente ese mismo pintor me presentará el cuadro de un San Antonio, macilento y esteñado por larga penitencia, con el rostro arrugado, y sin embargo, en actitud de mirar á los circunstantes con aquellos ojos tan vivos y voluptuosos, que yo habia elogiado el día anterior. A semejante vista, indignado y encendido en ira, rasgaré la tela y diré al pintor, que aquel cuadro es un oprobio del arte, porque á un santo y á un penitente no pueden convenir sino miradas humildes y compasivas. Ahora bien, este pintor convertido en historiador nos dará la idea mas completa de la filosofía del siglo pasado, la cual no hizo mas que presentarnos con los rasgos de una falsa elocuencia, los miembros separados del gran todo, que constituye el género humano; y alterando la armonia de las generaciones, indujo á sus contemporáneos á juzgar falsamente de los grandes acontecimientos, que considerados cada uno por sí parecen locura, al paso que reunidos dan la idea de un conjunto maravilloso y de la mano de la Providencia. Es cierto, que Gregorio VII, colocado en el siglo XVIII, en que las dos potestades temporal y espiritual tenian sus puntos de demarcacion; en que el feudalismo podía asemejarse á un cadáver animado todavía por los restos de un débil galvanismo; en que el derecho público europeo estaba bien constituido; en que las ciencias y la literatura habian despojado de su rudeza á los hombres; en que existia ya una fuerza armada sujeta á reglas; colocado, digo, Gregorio VII en esta época, no cabe duda

nes colocados sobre los violados sepulcros; destruía los archivos que custodiaban lo pasado; demolia los edificios de arquitectura

que parece un furibundo, un ambicioso desenfrenado, y si se quiere, tambien un fanático, orgulloso y maligno; pero trasladémonos con el pensamiento y con los documentos históricos en la mano, á la época de Gregorio, observemos la tenebrosidad de aquellos tiempos; la ignorancia en que estaban sumidas todas las clases de la sociedad á escepcion del clero; echemos una ojeada á la brutalidad de aquellos feudatarios prepotentes y á Enrique IV de Alemania, que invadiendo los derechos mas sagrados de la humanidad, pretendia hollar la tierra, y entonces con una maravillosa trasformacion descubriremos en Gregorio al hombre de genio, al profundo político y al reformador de una sociedad embrutecida. Observemos las cruzadas bajo el punto de vista del movimiento intelectual y de una fuerza que contraresta el poder del feroz musulman, y veremos en ellas uno de los elementos civilizadores de la sociedad moderna.

Pero siempre que se rompe la cadena que reúne las generaciones, y se considera al hombre aislado, es menester encontrar el punto y el momento en que empezó la sociedad. Las tradiciones antiguas y los libros sagrados nos ponen de manifiesto el principio de la humanidad, pero los filósofos é historiadores del siglo pasado, escarnecian, así las primeras como las segundas, por lo que acudieron á un contrato social, que no conducia á la solucion del problema, sino dando al salvaje, como dice César Cantú, los conocimientos que apenas tiene una academia de nuestros días, lo que desde luego manifestaba su imposibilidad é incoherencia. Pero entre tamañas aberraciones de la ciencia, uno de sus resultados mas perniciosos, y que abrazó á todos los demas, fué el haber producido, como consecuencia de tan estrañas teorías, el materialismo y el ateísmo. El hombre, segun estos filósofos, habia comenzado á existir, pero se ignoraba la causa que lo habia producido. No lo habia creado, pues, la Divinidad: el hombre vivia en sociedad, pero ésta no le era natural, pues que la habia adquirido por un pacto suyo propio: he aquí destruida la tradicion, la historia, los lazos de familia, la idea de una paternidad propia de los seres racionales y la misma Divinidad. Sin embargo, nuestros filósofos é historiadores proclamaban la filantropia y el amor á la virtud; pero no admitiendo una Divinidad eterna y previeora, estas virtudes no eran absolutas sino relativas. Hé aquí, pues, la moral de Helvecio, de Volney, de La Mettrie y de otros sofistas, á los cuales podia aplicarse aquella sentencia de Séneca: "nos es mas fácil aparentar justicia con los hombres que con Dios." [Mitos *inveni aequos adversus homines, adversos, Deos neminem*. Séneca epist. XCV]. En fin esos filósofos historiadores, esos filósofos de demolicion, dieron con sus doctrinas preponderancia á la materia sobre la inteligencia, como dice con mucho tino nuestro autor, y en vez de ennoblecer al hombre, le colocaron en la misma categoría de los brutos, y discutieron tambien seriamente si llegaria un día

gótica; abatía los castillos y á sus señores; pretendían resucitar las instituciones de Grecia y de Roma, y no comprendía mas libertad sino la que aparentaba las formas de la antigua democracia, cuyo símbolo eran el gorro frigio y las haces consulares. Fué entonces cuando se abrió un panteon, que debía servir para los varones ilustres; fué entonces cuando se elevaron á la razon los altares negados á Cristo; fué entonces cuando las repúblicas liguriana, cisalpina y partenopea, sepultaban en el olvido el nombre de Italia. Siguiéron despues el tribunado y el consulado, que duraron hasta que irguió su cabeza un hombre, que sacó partido de aquellos recuerdos para pedir á los hijos de Bruto la toga cónsula vitalicia, como César, y el imperio como Augusto. Fué principal cuidado de aquel astuto alimentar en los corazones el espíritu clásico que dominaba; y mientras que se entonaban cantos por los

en que los monos formasen una sociedad, adquiriendo el uso del lenguaje, y dándose á sí mismos una constitucion civil, política y religiosa.

La revolucion de 1789, estalló bajo estos auspicios tan halagüeños, y produjo efectos iguales á la causa que la habia promovido: y á decir verdad, si nosotros reflexionamos detenidamente en las atrocidades de la Convencion, conoceremos desde luego, que Robespierre y los demas adalides de la barbarie, que querian regenerar la Francia á su modo, sacrificando é inmolando sobre el altar de la revolucion á una generacion entera, creian instintivamente que era imposible dar direccion á la inteligencia, porque estaba ya probado que ésta era un accesorio de la materia, y que por lo tanto no pudiendo regenerar á ésta última, era menester acabar con las dos.

Bonaparte con su brazo de hierro y con su mente robusta, llegó á sofocar la revolucion; pero para satisfacer sus proyectos ambiciosos, secundó en parte el espíritu del siglo, y las ideas de aquel heroismo pagano, del que habla César Cantú en el texto; el cual no podia vivir sino de victorias y triunfos tambien paganos, como fueron los del imperio. En efecto, tan luego como la suerte se mostró adversa á Napoleon, concluyó el entusiasmo del heroismo en boga; concluyó el imperio, y el que lo habia fundado se convirtió en objeto de odio y piedad profunna como dijo Manzoni (a).

Verificada la restauracion, la ciencia conoció en gran parte sus errores pasados, y redobló sus esfuerzos para alcanzar un fin mas noble, hermanándolo oportunamente con las exigencias del siglo; pero la ciencia y el poder hoy se encuentran en abierta lucha; lo que ha producido hace poco, resultados muy funestos, acerca de los cuales guardaremos silencio, tanto porque no entra en nuestro plan discutir materias tan delicadas, como porque se trata de acontecimientos que cada cual ha presenciado, y cuyas consecuencias nadie puede prever.

[Nota del traductor].

(a) Oda á la muerte de Napoleon.

Píndaros nuevos á Aquiles y á la madre Bercinzia, las águilas resucitadas guiaban las legiones al estermio de los barbaros y á arrostrar la muerte, llenas de regocijo con la idea de que se renovaban los triunfos del Capitolio.

Sin embargo, estas estravagancias aprovecharon á la verdad, y á las discusiones que versaban sobre una ciencia, que habia entronizado la duda y la negacion, estimularon á estudios serios; así que personas de un carácter leal descubrieron el progreso de la humanidad, un culto razonable y la tutela de los derechos, en donde creian no encontrar mas que preocupaciones, tiranía y embrutecimiento. Entonces las memorias de la edad media asombraron por su literatura ingénua y robusta, y tan original como las bellas artes; se llegó á conocer que nuestra sociedad no dimanaba directamente de la de los griegos y de los romanos, y que se debian investigar sus elementos en la edad que precisamente se llama *media*, porque marca la época de un crepúsculo que nos hace descubrir el declinar de una civilizacion fundada en la conquista, en la esclavitud, en el egoismo, y la aurora de otra nueva que tiene su punto de apoyo en la industria, en el individualismo y en la fe católica. Los detractores de la edad media aparecieron en esta circunstancia frívolos, mentirosos, é ignorantes, y el espíritu de discusion, tomando formas históricas, abogó con espléndidas manifestaciones la causa de la verdad y de la virtud. Entonces los políticos conocieron, que si querian encontrar la senda por donde dirigir las generaciones, les era preciso echar mano de una reconstruccion que tuviese por norte las coordinaciones de aquella edad; los artistas se persuadieron de que existian otras formas de lo bello ademas del ideal de la antigüedad; los sabios tomaron en consideracion un tiempo en que la Europa habia brindado el mundo con el álgebra, las cifras arabigas, la brújula, la pólvora y la imprenta, y una época en que los esclavos se habian convertido en siervos, éstos en colonos, y éstos últimos en pueblo.

La historia habia engañado aun mas que corrompido, y el pueblo, que la ignoraba, no pudo atemperar con la esperiencia el impetu revolucionario que corria precipitadamente entre ruinas y sangre hacia lo futuro. Pero estudiando detenidamente lo pasado, descubrió que la libertad era institucion antigua, y el absolutismo de reciente fecha, y que eran duraderas aquellas instituciones que únicamente se fundan en las antiguas, á saber: las que espontáneamente se engendran por la índole de los pueblos y por sus evoluciones progresivas.

Habiéndose desterrado entonces la idea de que el acaso lo sujetaba todo, se conoció que los accidentes se enlazaban entre sí, que éstos tal vez eran una ocasion, pero no una verdadera causa de los grandes acontecimientos, cuya razon se encuentra en las ins-

tuciones y en las costumbres; se conoció que circunstancias determinadas originan el genio; que no es concedido á ningun legislador formar un pueblo á su antojo, y que éste sin racionios agudos llega á conocer sus propios intereses y los que son sus amigos ó adversarios, y á juzgar á los hombres de un modo diferente del que siguen los historiadores de profesion. Se conoció, pues, que convenia estudiar al pueblo, y no escarner las cosas, que éste en cualquiera época venerara y amara, é investigar sus errores, los cuales son soluciones temporales de los problemas grandiosos, que la humanidad se propone á sí misma en todas las épocas, y cuya solucion nueva busca en cada período de tiempo. La paciencia, que los grandes y sus asalariados emplean en compilar genealogías y blasones, se dirigia ahora á la historia del pueblo, á su lenguaje, á la religion, á la industria y á las bellas artes, y lanzando del altar la fuerza, se comprendia que la voz de Dios era la del pueblo, el cual se veia encarnado en los héroes; descubria sus necesidades espresadas en los grandes descubridores; sustituia su propio nombre al de los Rómulos y de los Solones, á los de los Homeros y de los Esopos, y se contemplaba á sí mismo en las religiones y en las revoluciones.

Así es que cada época reconstruye la historia á su manera; pero la moderna participó de la atencion que antes se concedia únicamente á las historias antiguas; se juzgó la suerte de los pueblos, tomando por punto de partida vistas generales; sus acontecimientos se ponian en relacion con la humanidad entera, y no pensándose ya en lisonjear á los príncipes, sino en hacerse entender de las masas, la narracion adquirió viveza mediante sus aplicaciones á lo presente, y la propagacion del concepto de libertad, que constituye el elemento que la vivifica.

Aquella historia retóricamente compilada, que es un tejido de frases, y que se esfuerza en producir efecto con las descripciones, las arengas y las antítesis, no puede ya usurpar el nombre á que aspira, y queda colocada entre las producciones de la amena literatura, abandonada hoy por do quiera, á escepcion de Italia y España. En una época en que tan rapidos acontecimientos desplegaron á nuestra vista, como en un teatro, en el trascurso de pocos años las revoluciones de muchos siglos; en una época en que los ataques de la fe habian ocupado el lugar de la vocinglería clerical, y á los ergotistas ociosos habian sucedido los apóstoles y los mártires; en una época en que se vieron aquellos hombres que fueron lanzados instantáneamente desde el altar al polvo, y aquellas leyes no menos rápidas é improvisadas que las victorias, no fué lícito el ser frívolo; y una meditacion seria desplegó sus miradas sobre pueblos y acciones diferentes; aprendió á discernir las causas, á notar la conexion de hechos remotos y á juzgar á

los partidos en medio de la ira que los impelia á escarnecerse mutuamente. La Europa agitada por una violenta convulsion habia obrado mas bien por sentimiento que por razon; pero la Grecia y otros países habian proclamado la libertad en nombre de las ideas, que tenian su tronco en la edad media; grandes escitaciones de amor, de piedad, de odio, de horror y de admiracion conmovieron la indolente indiferencia; las naciones llegaron á conocerse; en los comunes padecimientos se regeneró la fraternidad, y los pueblos se alargaron la mano desde lo alto de las barreras con las cuales la política les habia separado.

Llamados muchos á tomar parte en el poder, en virtud de las concesiones otorgadas por las instituciones nuevas, ó cuando menos puestos en el caso de examinarlo de cerca, lo que fué concedido indistintamente á todos, conocieron los sabios lo mucho que se diferencian los hechos de las doctrinas abstractas. Aplicando, pues, el dedo á las heridas de la humanidad, aprendieron á participar mas bien de los dolores de los afligidos y de los oprimidos, que á admirar á los que causaban tamaños males; á cuidar mucho mas de la paz que puede disfrutar todo un pueblo, que de las guerras, para las cuales basta un ejército; á creer que la memoria tiene un inmenso poder para consolidar las instituciones, y que todo lo que lleva á la estabilidad del progreso, tiene su raíz en los tiempos que han precedido.

En fin, el siglo que habia hecho, sufrido, sentido y pensado tanto, llegó á conocer que tenia derechos á reconstruir la historia y juzgar por su perspectiva la vida, las acciones, los sentimientos de los siglos anteriores, co-tejando la historia preterita con la que él mismo habia hecho. Este retorno á lo pasado se notó aun mas reparando en el aprecio que se hacia de la edad media. La revolucion habia abatido todas las instituciones y las creencias de aquella época; pero en esta circunstancia, los hombres y sus gobernantes se vieron lanzados fuera de la realidad y lejos de todas las condiciones sociales posibles. Postrado, pues, al suelo el árbol, sin haber recogido siquiera su fruto, un desengaño pronto y amargo puso de manifiesto cómo aquel movimiento grandioso é inevitable habia sido desviado por ideas abstractas y preocupaciones añejas.

De las dos tareas históricas, las cuales no pueden sino seguirse una á otra, á saber: la indagacion y discusion de los hechos y su manera de interpretarlos, la primera habia tomado ya una direccion muy oportuna; pero ésta miraba tan solo á la exactitud; quedaba, pues, la segunda, que consiste en describir y dar á los acontecimientos su verdadera significacion, su carácter y su vida. La revolucion habia consumado ya su obra derribando los restos de la edad media, que no podian tener cabida en nuestra sociedad, y por lo tanto nuestro siglo podia registrar en

medio de aquellos escombros sin ira, porque no tenía motivos para anedrentarse, y confesar su mérito sin manifestarse servil ni adulator. En efecto, todo lo que había podido salvarse del vandalismo revolucionario adquirió mayor aprecio: todos concordemente atendieron á recoger, examinar y desenterrar lo pasado; y las congregaciones monásticas, en las que la erudición de cada cual toma mas cuerpo por las investigaciones parciales, y despues la liberalidad de los gobiernos, el estímulo de las academias y la generosa obstinacion de los doctos, brindaron como antes á cada país con una riquísima cosecha de conocimientos históricos. La filosofía, las artes, las letras, así como la política, se aficionaron con ahínco á los hechos y conocieron que no convenia amoldarlos á las teorías, sino respetarlos, averiguarlos y colocar en su propio puesto cada acontecimiento y cada personaje. El espectáculo de tantos sucesos y el choque violento de las ideas, de las razas y de las clases, llevaron al conocimiento y á la valuacion de las cosas pasadas, á la esclusión de aquel espíritu enconado, que condena inexorablemente todo lo que traspasa los límites de su mezquina inteligencia, y á la interpretacion del mundo sin evaporaciones y quimeras. Se acudió, pues, al exámen, al análisis y á la sinceridad de los hechos; no se buscaron en la historia armas y alusiones; no se pretendió corregir á la Providencia; no se quiso imponer fórmulas enteramente iguales á épocas muy distintas, ni se pensó en quedar satisfechos con las anécdotas, como si la vida del género humano fuese un trabajo con lagunas é interrupciones; y finalmente, habiendo llegado á prevalecer la persuasión de que los multiplicados acontecimientos puedan referirse á pocas causas supremas, se pensó en aplicar lo pasado á lo presente y á lo venidero.

En esta ocasion tomó mas vuelo aún la que comunmente se llama filosofía de la historia. Nuestro entendimiento, cuando medita acerca de los pasos de la humanidad, cree descubrir tambien en ellos la concordancia y la unidad, poder deducir la esplicacion de los hechos de la idea que representan, y los eternos designios de la Providencia de entre las variadas contingencias. He aquí cómo se forma la filosofía de la historia, ciencia desconocida á los antiguos, en razon de que eran muy pocas las ruinas que se tenían presentes para desentrañar de ellas el incremento y decadencia de un pueblo ó de una constitucion. Es tambien de considerar que confiados los antiguos en lo presente, y constituyéndose cada uno por sí centro y periferia, no cuidaban de llevar sus investigaciones mas allá de la ley nacional y contemporánea.

El cristianismo dió sublimidad á la historia y la universalizó desde el primer momento en que, proclamando la unidad de Dios, sancionó tambien la del género humano; ense-

ñándonos á invocar á nuestro padre comun, nos dió á conocer que todos éramos hermanos. Fué entonces únicamente cuando pudo tener cabida la idea de un acuerdo entre todos los tiempos y todas las naciones, y la observacion filosófica y religiosa de los procedimientos perpétuos é indefinidos de la humanidad hacia la grande obra de la regeneracion del reino de Dios. San Agustín, Eusebio, Sulpicio Severo y algunos otros, consideraron en la época de la decadencia del imperio romano, la historia bajo este punto de vista. En la edad media, que todo tendia mas bien á fabricar un porvenir que á meditar en lo pasado, quedó sepultada en el olvido la voz de tan grandes é ilustres varones, hasta que finalmente se inspiró en ellos Bossuet con su sublime discurso, en el cual hermana el espíritu de observacion de los modernos con la esposicion de los antiguos, y adorna una erudicion vigorosa con un estilo incomparable. La falta de elegancia hizo descuidar los trabajos del célebre Vico, que consideró los acontecimientos como sometidos á las leyes del pensamiento humano, y las instituciones y revoluciones como la manifestacion de una idea que llega á su complemento entre los errores y las iniquidades. No habiendo sido comprendido por su siglo, volvió á levantarse en el nuestro; pero cuando el progreso habia roto ya el círculo en que se suponía el filósofo italiano, que se encerraba fatalmente la humanidad [1]. En efecto, á su historia se han asignado hoy otras fórmulas. Herder sujetó el género humano á las leyes de la naturaleza exterior, pretendiendo que los rios, los montes y los climas modifican el tipo único de la humanidad y determinan las facultades

[1] Vico admite tres fases de la humanidad: la justicia teocrática, ó para explicarnos mas claramente, la edad patriarcal; la equidad política pero arbitraria, la cual abraza la edad heroica, y la legalidad civil que, segun este autor, se conserva en toda su integridad y justicia en una monarquía bien constituida. La pérdida de la independencia y corrupcion interna, son las dos causas que asigna este autor como fin á la vida de las naciones, y añade que pueden restituirsela dos remedios únicamente, á saber: una monarquía poderosa ó la conquista ejecutada por un pueblo que se encuentra en mejores condiciones. Si ninguno de estos dos medios llega á verificarse, la nacion se disuelve y se desploma como el imperio romano, dando lugar á la creacion de otra nueva, que volviendo á comenzar de la misma manera, atravesará las mismas revoluciones y llegará al mismo fin. Esta marcha el autor la llama idéntica y circular. Su sistema es por cierto profundo, y en gran parte se apoya en la esperiencia de los siglos; pero no es del todo verdadero, porque la perfectibilidad indefinida del género humano y la serie indefinida tambien de sus vicisitudes y modificaciones políticas posibles, no admiten el límite circular designado por Vico. [Nota del traductor.]

del alma como las disposiciones del cuerpo. Montesquieu habia dicho otro tanto; pero fiel á su siglo, reducía la naturaleza moral y las instituciones sociales á una consecuencia fortuita del mundo exterior, al paso que Herder lo considera como un instrumento preparado á amoldar las facultades del alma; Montesquieu deja mucha parte tambien al genio y á la prudencia del hombre, al paso que Herder le da una determinacion hasta en sus últimas particularidades, y reconoce el progreso, porque reconoce la necesidad del tiempo. Kant, modificando la razon pura y el estudio del hombre abstracto con el del hombre práctico, indicó la posibilidad de escribir una historia general, que tuviese por objeto considerar la especie humana como el complemento de un designio secreto de la naturaleza, dirigido á perfeccionar una constitucion interior, á la cual abren la senda las órdenes de los Estados, segun las disposiciones que la misma naturaleza ingirió en los hombres. Otros habian indicado ya esta unidad complexiva; pero él la propuso con mas claridad, distinguiéndola de la armonía de lo creado, y dió la iniciativa á una escuela de pensadores que dirigieron sus miras á observar cómo los individuos y las sociedades colaboran al perfeccionamiento de la humanidad (1).

Boulanger, investigando la historia primitiva cree, como Vico, que la sociedad trae su origen del terror; que primero dominaron los dioses, despues los héroes divinizados, y finalmente los Estados se convirtieron en repúblicas. Cree, que en la edad media echó sus raíces la teocracia, y que despues las sociedades se encaminaron hacia las monarquías templadas: término supremo del progreso. Turgot afirmó, que mientras los animales y los vegetales se reproducen con inalterable uniformidad, los hombres proceden mejorando en ciencia y moral; pues de cazadores nómadas, se convirtieron en pastores, despues en agricultores, y últimamente el cristianismo fué avanzando como una continuacion de la edad media. Esta idea del progreso de la humanidad, considerada complexivamente como un solo individuo, fué proclamada indefinidamente y sin término por Condorcet, uno de los adalides de la Enciclopedia; pero éste no veía mas que las mejoras que entonces llevaba á efecto la revolucion; y trazaba una décima época, en la cual se complacia colocar todos los perfeccionamientos del hombre y de la sociedad, dirigiéndonos siempre tan solo al bien

(1) La idea de Kant, consiste en fijar, con sutileza de ingenio, el punto de contacto que tiene el hombre consigo mismo, tanto considerado en el estado de pura abstraccion, como en una situacion práctica real y activa, de suerte que da á conocer cómo la historia, para completarse á sí misma, necesita considerar á toda la especie humana, tanto en sentido colectivo como individual. [Nota del traductor.]

individual. Hegel pretende, que el alma del mundo se manifiesta al hombre bajo cuatro aspectos distintos, á saber: sustancial, idéntico é inmóvil en el Oriente; individual, variado y activo en la Grecia; y compuesto en Roma de ambos aspectos en lucha perpetua entre sí, de la cual brota despues el cuarto para poner en conformidad lo que estaba segregado, y añade, que es este el que se presenta en las naciones germánicas [1]. Cousin cree, que cada época se constituye de uno de los elementos de la humana razon, á saber: lo infinito, lo finito y lo relativo; y que un país, un pueblo ó un genio, aparece grande tan solo porque fatalmente sirve á uno de estos elementos; cree, que el genio es tal únicamente porque espresa la generalidad del pueblo; que cada pueblo, cada revolucion y cada lugar representa uno de los términos del necesario desarrollo de la humanidad, y que su triunfo corona siempre la mejor causa (2). Para De Maistre, el mundo es un inmenso altar, en donde debe inmolarse todo como una perpetua expiacion del mal causado por la libertad del hom-

[2] El sistema, ó mas bien la doctrina de Hegel, no deja de tener en su misma abstraccion mucha profundidad histórica; pues es cierto que en Oriente el poder sustancial, es decir, el que reúne en sí todas las fuerzas, es estable y siempre igual, lo que constituye verdaderamente su inmovilidad: es cierto que en Grecia la historia nos presenta al individuo en aquella fuerza de actividad, y en aquella variedad de que no tenemos ejemplo en el Oriente; es cierto tambien que en Roma se observa hasta cierto punto la lucha de lo sustancial, idéntico é inmóvil que pretende resistir al choque de la actividad individual y variada; pero es falso, ó á lo menos infundado, que el cuarto aspecto que admite Hegel, y nuestro autor cita en el texto, es el que se presenta en el carácter de las naciones germánicas, y que está destinado á poner en armonía lo que se encuentra segregado; pues que nos vemos que á los tres aspectos antiguos, admitidos por Hegel, y que Cantú nos refiere, ha sucedido hoy un nuevo aspecto transitorio que está constituido por los gobiernos representativos, los cuales en su perpetua lucha con el poder centralizador tienden á la democracia.

(Nota del traductor.)

(1) Lo que dice Cousin es un galimatías como todas las demas profundísimas doctrinas suyas. Este autor, si queria explicarnos con claridad su sistema ó mas bien teoría, debia haber comenzado por darnos una idea sintética, de lo que entiende en esta ocasion por las palabras; infinito, finito y relacion. Por lo demas, no podemos llegar á comprender cómo un pueblo, un país y un genio puedan hacerse grandes sirviendo fatalmente á lo finido, que es el elemento opuesto á toda especie de grandeza.

[Nota del traductor.]